

128828

LA IMPORTANCIA DEL HUMANISMO PARA LA FORMACIÓN DEL SER HUMANO CENTROAMERICANO

*Francisco Avendaño
Alban Bonilla Sandi*

Escribimos personas interesadas en que los Derechos Humanos sean verdaderamente observados en nuestros países, más allá de declaraciones y compromisos. No pretendemos una defensa a ultranza del humanismo, como el título mismo de este esbozo lo indica. Pero hay tendencias que dan prioridad en los currícula a las ciencias y al adiestramiento técnico con perjuicio de las así denominadas "Humanidades".

La aproximación al problema del humanismo, desde la perspectiva de la importancia que éste pueda tener para la formación del ser centroamericano, conlleva de por sí una toma de posición: el humanismo y las humanidades se han de valorar por su aporte a la formación de identidad de los pueblos. Postulados fundamentales en este planteamiento son que el humanismo no es algo acabado o hecho, sino una realidad dinámica que va adquiriendo nuevos contornos y significados de acuerdo con el desarrollo de la actividad humana y de la conciencia que el ser humano tiene de su papel en el cosmos. La conciencia humanista es algo que tiene un sesgo eminentemente ético y político, lo que promueve la vida humana en plenitud y se opone a toda forma de agonía. Para plantear cualquier modelo de esta índole hay que tener un arquetipo antropológico y este nunca es nuestro. Necesariamente hay que optar. La perspectiva ética y política nos lleva a señalar que el humanismo está vinculado con los procesos por medio de los que el ser humano transforma su entorno y toma conciencia de su papel en el mundo.

En este trabajo nos proponemos señalar varios elementos teóricos que están en la base de nuestra posición: luego, llamamos la atención acerca de algunos rasgos de la realidad centroamericana actual, para señalar ciertos retos que tienen el humanismo y las humanidades.

LA CREATIVIDAD SIMBOLICA

El problema más álgido que el ser humano tiene que enfrentar es la realidad de la muerte. El paradigma muerte-continuidad de la vida parece ser el rasgo esencial e instintivo que está en el trasfondo, no solo de la actividad transformadora de la materia, sino fundamentalmente en la base de la creatividad simbólica. Aún más, postulamos que el ser humano está urgido de la búsqueda de la inmortalidad y esto lo hace por medio de la descendencia (biológica) y de la creatividad simbólica que puede expresarse mediante la conquista espiritual de la muerte (teología) o la creatividad artística, literaria, filosófica, y la acción transformadora de la realidad.

Situamos las humanidades en el ámbito de la creatividad simbólica de una humanidad que lo que busca en última instancia es la continuidad de su vida, en sus dimensiones individuales y colectivas. No es este el momento para desarrollar con profundidad las implicaciones heurísticas de este enfoque. Basta con señalar la relación intrínseca entre las humanidades y la vida humana y la unidad esencial entre el pensamiento racional, las letras y las artes, por estar situadas en el ámbito de la creatividad humana.

Otro aspecto que nos interesa señalar es que el ser humano es un ser consciente de la vida. En este proceso hay dos experiencias fundamentales: el disfrute de la vida como realidad y posibilidad (estética) que conlleva conceptos tales como belleza, gracia, bondad, etc.; y la experiencia de la negación de la vida (pathos) que conlleva el dolor, la negación, la angustia, el temor, etc.

El ser humano no es solo un ser que siente hambre de pan, que sería saciable. Es un ser

que también tiene hambre y sed de belleza, de gracia, de bondad, que son insaciables.

La vida se orienta a la reproducción biológica, pero también a la creatividad, a la comunicación y a la comunidad. La búsqueda de la plenitud de vida hace que el ser humano tome conciencia de sus carencias y descubra que es un ser libre, capaz de sopesar los pro y los contra de sus acciones, capaz de decidir y, esto, aun en contra de sus propios intereses.

El ser humano sólo realiza su humanidad cuando participa y colabora en la construcción de una historia colectiva y personal. La humanización pasa necesariamente por la generación de formas de participación humana, que sea humanizante. El drama, la estética y la ética están íntimamente relacionados.

UNA REALIDAD POR RECONSTRUIR

Señalamos también algunos aspectos que marcan nuestra realidad social o que develan retos para el humanismo y las humanidades.

En la década de los ochenta la región centroamericana experimentó una agudización de los conflictos sociales, económicos y políticos, que ya habían sido profundizados por la crisis económica internacional. Centroamérica toda estaba en guerra.

Expresiones de esa crisis han sido el incremento del desempleo, el empobrecimiento económico y social de grandes sectores de la población, el aumento en el costo de la vida y las crisis fiscales y financieras. La respuesta de estos pueblos ante la crisis ha sido la de una mayor movilización y organización con diversos fines. Ante esta movilización y organización la política norteamericana realizó cambios drásticos en su política exterior hacia el área.

Los principios básicos de esta política toman forma definitiva en el plan para la iniciativa de la Cuenca del Caribe y conjugan un proyecto para la estabilización económica con una visión militar del área. Así que hay que entender a Centroamérica como una prueba de fuego para la autodeterminación latinoamericana, una prueba de credibilidad de Estados Unidos en el Tercer Mundo y una

prueba para las estrategias militares de contrainsurgencia.

Estas crisis han costado más de doscientas mil vidas, dos millones de refugiados, miles de personas torturadas, desaparecidos, miles de viudas y de huérfanos, un retroceso del Producto Interno Bruto a los niveles de los años sesenta y setenta para los diversos países de la región. Según estudios realizados entre 1983-1984, Centroamérica fue la región más militarizada del mundo. Con 25 millones de habitantes contaba con 210.898 soldados (0.9%) de la población y con 1.112.000 fuerzas irregulares (4.4%).[†] Centroamérica era simplemente escenario de una de las tantas guerras locales en que se expresaba la Guerra Fría. Por eso los centroamericanos de la década de los noventa están profundamente marcados por la ruptura, el desgarramiento y la muerte que no han sido superados, pues las causas y efectos internos subsisten aunque los externos hayan cambiado.

En Centroamérica, cuando la frustración no se convierte en imaginación creativa, cuando la muerte y el dolor no se convierten en fortaleza para solucionar los problemas del presente, cuando la ruptura causada por el odio y el deseo de venganza no se transforman en compromiso para crear comunidad y fortalecer la unidad de los pueblos, entonces los pueblos y los individuos no están en capacidad para apropiarse del pasado ni de transformar su realidad en el presente.

Cuando la duda, la culpa y la amargura prevalecen en las conciencias, no hay posibilidades de apropiarse creativamente del pasado para afrontar las realidades presentes y los retos del futuro.

En esta región no es posible seguir viviendo como si tales hechos no hubiesen acontecido. No se trata de culpar a nadie, se trata más bien de ser fieles a la realidad, para poder señalar las situaciones generadoras de conflictos y poder liberarnos de la culpa, del deseo de venganza y poder afrontar así los retos del

[†] (The Military Balance 1983-1984, The International Institute For Strategic Studies, Londres, pp. 107 y III).

presente generando situaciones propicias para la vida y la esperanza. En este cometido el humanismo juega un papel fundamental.

EL PAPEL DEL HUMANISMO

Entendemos el humanismo fundamentalmente desde una perspectiva ética y, por ende, práctica y programática. Ya dijimos que las humanidades son parte del impulso ancestral del humano en procura de garantizar la continuidad de la vida expresada en lo que denominamos el principio de la inmortalidad simbólica. Las humanidades en cuanto conjunto de símbolos lógicos, estéticos, teológicos, literarios, etc., juegan un papel fundamental en el proceso de apropiación y transformación de la vida de los individuos y de los pueblos, es decir de su ser.

Resulta aventurado proponer tareas para las humanidades. No obstante, teniendo en cuenta que la realidad nos trasciende por todos lados, no es posible dispensarse de tal cometido. Hay que tener en cuenta que el carácter provisorio de nuestra percepción de la realidad no nos exime de ser en ella.

En las condiciones de nuestros pueblos, la tarea fundamental de las humanidades es la afirmación y rescate de la identidad centroamericana. El humanismo busca que el ser centroamericano recupere la posesión de sus potencialidades, con una visión crítica de la realidad, de modo que la colectividad pueda evitar el sacrificio a que ha sido sometida y pueda lanzarse por las sendas del desarrollo y la justicia.

Los centroamericanos tenemos conciencia de que nuestros pueblos han estado sometidos a una dominación económica, política y fundamentalmente cultural. Las expresiones culturales que prevalecen y los símbolos que expresan nuestra vida ciertamente son signos fehacientes de tal dominación. Es tarea fundamental de las humanidades reivindicar para nuestros pueblos las formas simbólicas que expresen su manera de relacionarse con la tierra, con su historia, con el mundo y sus sueños. No es lo mismo construir formas de

vida y de cultura en la selva que en el desierto o la estepa. Nuestros ritos y símbolos valen por ser nuestros. Quienes los sustituyen por otros ritos y símbolos actúan como agentes de dominio cultural extrínseco.

No estamos proponiendo una vuelta al mundo pretecnológico y presecularizado. Se trata de apropiarse del pasado y del presente para transformarlo en una vida individual y colectiva lo más plena y auténtica posible. Ante la economización y tecnologización de la vida, las humanidades deben contribuir a la integración de las sociedades originarias.

Un reto general para las humanidades es el de contribuir a generar nuevos conjuntos de símbolos capaces de reconstruir la identidad de nuestros pueblos, evitando los nacionalismos y regionalismos exarcebantes y excluyentes. El ser humano necesita ilusión, el encanto para poder vivir y las humanidades pueden contribuir a que la vida no pierda su encanto sin que se caiga en perspectivas ilusorias y enajenantes.

Nuestro tiempo se caracteriza por la manipulación a través de los medios de comunicación de masas. Se trata de una manipulación que aparentemente es posible por una percepción polifacética de la realidad. Por una parte se da la imagen de que el ser humano finalmente ha logrado liberarse de su sustancia mágica al crearse un espacio vital gobernado por la ciencia y por la tecnología; por otra parte, se alimenta la percepción mágica de que es posible dar soluciones fáciles y expeditas a cuanto problema tenga el ser humano. En Centroamérica las Humanidades pueden y deben contribuir a que tal manipulación no sea posible, a que los pueblos aprendan a recurrir a sus propias luces y tradiciones, de modo que sin volver a modos de vida precientíficos y pretecnológicos, se pueda tener una percepción realista y entusiasta de la realidad.

TAREAS ESPECÍFICAS

Nos proponemos ahora sugerir algunas tareas más específicas para el humanismo y las humanidades. El papel de las humanidades en



nuestros pueblos no puede ser retardatario. Están llamadas a contribuir en forma crítica a que nuestros pueblos tengan en cuenta los avances y logros que el ser humano ha logrado con su actividad y se los apropien creativamente. Su papel tiene que ser activo. Se debe insistir en este aspecto, porque existe una tendencia que, estimulada por las capacidades productivas y tecnológicas del ser humano, considera que estamos frente al advenimiento de la utopía, que se ha logrado la meta de la historia, que estamos en capacidad de producir riquezas sin límites para realizar los sueños de un nuevo ser humano, que por un lado, puede saciar sus necesidades fundamentales y por otro tener necesidades sin límite.

No se trata de confundir el ser con el tener de nuestros pueblos. Se trata de una perspectiva que cambia o revoluciona la relación tradicional que vinculaba lo económico a la sociedad y que, por primera vez en la historia, demanda que la sociedad y los pueblos se sometan a las leyes de la economía.

En el proceso de transformación que se está dando, los pueblos que tienen una base económica y tecnológica bien cimentada avanzan con mayor celeridad y han generado una nueva cultura, "la posmodernidad", y un nuevo tipo de ser humano, el *homo oeconomicus*, un ser al que poco importa el color, la raza, el origen y para quien; lo que importa es la ciencia moderna, el conocimiento, especialmente el de las técnicas de administración y organización, y sobre todo la capacidad para utilizar las leyes de la economía y de la ciencia moderna. Este nuevo ser no ha renunciado de manera alguna a la antigua aventura del Norte por colonizar al Sur. La bipolaridad Este-Oeste ha cedido a la bipolaridad Norte-Sur. Ya no se trata de una bipolaridad de sistemas, sino de dependencias. Es evidente que estamos ante una nueva distribución del mundo. Y Centroamérica no es la excepción. No es nada nuevo decir que estamos en el área de influencia estadounidense y que nuestras economías y, por consiguiente, nuestras culturas, son accesorias. Lo nuevo es

que en el nuevo reparto hemos dejado de ser un área en disputa. Conservar la identidad centroamericana en estas condiciones es una obra de nuestros pueblos y el papel de las humanidades es crear los instrumentos para que lo logren.

En Centroamérica las humanidades tienen la enorme tarea de mediar para que la fascinación del progreso no nos deslumbe y neguemos el derecho que tienen los diferentes sectores (mujeres, indígenas y negros, niños, jóvenes, obreros y empresarios, etc.) de apropiarse creativamente de los logros del presente a partir de sus raíces ancestrales para lograr su propia identidad. Además, de esta tarea mediadora, les corresponde a las humanidades readecuar su sentido mediante una tarea concientizadora. Esta tarea pasa por la búsqueda de la verdad y la autenticidad. Esto se logra a través del conocimiento y la exploración de la realidad por medio de la ciencia y de la técnica, por medio de la admiración y la celebración de la realidad, por el arte y la estética, por la gratitud y el asombro de la contemplación y los rituales. Pasa también por la disponibilidad a corregir los errores previos.

Las humanidades deben ayudar a la vivencia de la verdad, a que nuestros pueblos sean fieles a la realidad: hoy la anarquía informática impide que podamos discernir entre la información que nos permite conocer la realidad sobre la que podemos actuar y aquella sobre la que no podemos hacer nada. Fantasía y realidad se mezclan. La búsqueda de la verdad exige de las humanidades un esfuerzo para que la actitud crítica con respecto a los medios de comunicación masiva no nos lleve a satanizarlos, pero sí estar alertas sobre su capacidad para darnos una imagen distorsionada de la realidad. Se trata de usarlos, no de que nos usen.

La tarea concientizadora de las humanidades exige que se creen hábitos y disposiciones de ser y de "estar atentos, lo cual significa que haya una actitud de discernimiento de los acontecimientos y una

disposición para crear nuevos procesos de representación y perspectiva de la realidad. Quienes se basan en los dogmas, quienes creen que es posible discernir en términos absolutos entre el bien y el mal, no pueden estar atentos, pues sus sentidos sufren una atrofia fundamental. Tarea del humanismo y de las humanidades es liberarnos de esa atrofia y capacitar para "estar atentos".

Para terminar, entre las tareas conscientizadoras que las humanidades han de realizar en Centroamérica está la creación de condiciones para el PERDÓN. Todos debemos estar dispuestos a empezar a perdonar a 500 años de la conquista, las raíces amargas de la colonización en todas sus formas que le han dado un sesgo particular a nuestros pueblos. Para seguir adelante necesitamos un pasado reconciliado. Una de las tareas fundamentales de las humanidades es la del perdón y de la paz. Retomamos temas comunes de Esquipulas I y II a propósito, aunque queremos dotarlos de un sentido más amplio. El perdón que necesita nuestro pueblo no es una simple amnistía, ni un acto formal. Se trata de un proceso que implica la determinación para comenzar de nuevo, rompiendo con todo aquello que en el pasado fue causa de sacrificios inútiles.

El perdón tiene que ser una acción de personas libres, que en el hecho de liberar al otro de la culpa descubren que también ellos experimentan liberación. El rencor y el deseo de venganza se descubren como atavismos que no sólo afectan al victimario sino también a sus víctimas. El perdón como condición para que el ser humano avance hacia su propia liberación de la culpa requiere de una madurez a la que sólo podemos llegar, cuando reconocemos que más allá de los hechos de individuos o grupos, existe una realidad que puede ser cambiada y debe ser cambiada para posibilitar la paz. La paz que hemos de forjar no es simplemente ausencia de guerras, sino trabajo creativo que conlleva dolor, pérdida y frustraciones, pero también la construcción de una democracia, de una libertad y de una justicia. El compromiso por la paz requiere

una fuerte dosis de perseverancia. Siempre es más difícil construir que destruir.

En pueblos marcados profundamente por las cicatrices dejadas por la tortura, la persecución, la delación, etc., perpetradas por personas que se conocían entre sí, donde no es posible que el victimario pueda esconderse en la anomia para escabullirse al deseo de venganza de las víctimas, es fundamental fortalecer la práctica de la solidaridad.

La solidaridad tiene que ver desde luego con la satisfacción de las necesidades básicas, pero también con el reconocimiento de la necesidad que todos tenemos de consuelo, de seguridad, de recobrar las ansias para vivir, de auténtica libertad. La confrontación con las realidades de la vida y de la historia es difícil para muchos. Por eso, para ser creativos es preciso crear condiciones para recobrar el deseo de vivir, la capacidad de vibrar ante la vida. La vida no se nutre solo del "pathos", ella tiene su encanto que hay que aprender a disfrutar. El arte, las letras, la filosofía, etc., pueden y deben contribuir a recobrar las ansias de vivir.

Las humanidades están llamadas a forjar seres humanos y en Centroamérica, a forjar seres humanos centroamericanos, fieles a su centroamericanidad.